

cia. Fuéronse estendiendo sus relaciones por toda Inglaterra: sus prosélitos repartieron con profusion por las aldeas y talleres las obras de Payne y libelos revolucionarios, y fueron por último continuando en sus manejos hasta el 1798, en cuya época el gobierno inglés tomó vigorosas providencias contra ellos, pues por lo que había pasado en Irlanda veía el peligro y los proyectos de aquellas asociaciones tenebrosas.

Entonces se tomaron también severas providencias contra algunos escritores, y particularmente contra Gilberto Wakefield. Este se había atrevido á refutar un *Manifiesto á los ingleses*, en el que Watson, obispo de Landaff, exhortaba á sus paisanos á permanecer leales al orden establecido. El folleto de Gilberto, en el que como de costumbre se apostrofaba al gobierno con la arrogancia y acrimonia que se había hecho de moda, podía pasar por un manifiesto. Arrestaron, pues, al autor juntamente con el impresor, y les mandaron comparecer ante el *banco del rey*. El acusado no quiso al parecer tomar ninguna pena por ablandar el ánimo de los jueces; antes por el contrario, los apostrofó á ellos y al ministerio con las más violentas palabras: fué condenado el 30 de mayo de 1799 á dos años de prision y á dar fianzas para salir de ella pasado este tiempo. Este fué un castigo benigno, si se atiende á que en su folleto invitaba formalmente á los franceses á invadir el país en número de cincuenta mil hombres; y exhortaba á sus compatriotas á que no se opusieran á este ejército invasor.

Mas lo que particularmente debemos hacer notar es, que el mismo partido que procuraba promover una revolucion en Inglaterra, queria producir otra en la Religion, y de esta manera conmovia á la vez las bases del edificio político y moral. No solo se llegaba á poner en duda los fundamentos de la sociedad, sino hasta los principios esenciales del cristianismo.

Un ministro presbiteriano se distinguia en este género por las obras más atrevidas. El doctor José Priestley aspiraba á la gloria de hacer descubrimientos en materia de Religion como los había hecho ya en química. La lista de sus obras no cede el puesto sino á la de sus paradojas. En sus *Indagaciones sobre la materia y el espíritu* profesa decididamente el materialismo del alma humana. En otra parte sostiene la necesidad de las acciones humanas. Pero en ninguno de sus escritos pareció más osado que en su *Historia de las corrupciones del cristianismo*. En esta obra es donde Priestley, haciendo como que admitia la revelacion y hasta declarándose defensor suyo, descarga sobre ella los más rudos golpes, tratando nuestros principales dogmas de corrupciones introducidas por la ignorancia ó por la filosofia oriental, y pretendiendo purgar de estas perjudiciales superfetaciones al cristianismo. En el número de estas corrupciones contaba la doctrina de la Trinidad, la divinidad de Jesucristo, su concepcion milagrosa y la aplicacion de sus méritos á la redencion del género humano. Sostenia que la preexistencia del Salvador no era admitida entre los primeros cristianos. Un ataque semejante no debia pasarse en silencio. El doctor Horsley, que posteriormente subió al episcopado, se encargó de defender la causa del cristianismo y desde entonces se entabló entre él y Priestley una controversia en que el primero, segun confesion de los mismos amigos del segundo, mostró mucho vigor y conocimientos. Priestley, sin embargo, no se daba por satisfecho con predicar el *unitarismo*; queria erigirlo en culto, y renunciando á la liturgia presbiteriana quiso introducir otra apropiada á su sistema anti-trinitario. En este sentido publicó fórmulas de oraciones y oficios, y ocupó varios años de su vida en su controversia con Horsley, sosteniendo al mismo tiempo otra sobre la libertad y la necesidad de las acciones humanas. Estableció una obra periódica que debia ser como el depósito

de todos los nuevos descubrimientos en materia de Religion, exhortando públicamente á los amigos de la verdad á que le diesen cuenta de sus averiguaciones. Este hombre inconsciente escribia al mismo tiempo á los judíos apremiándoles á que reconociesen en Jesucristo al verdadero Mesías, y á los filósofos franceses inculcándoles la necesidad de una Religion. En una Carta á un incrédulo, contestaba á varias proposiciones de Gibbon, y en otra parte refutaba á Volney y á Dupuis. Cada año veía el público nuevas producciones de este escritor inesplicable, que con una manomina los cimientos de la revelacion y con la otra los sostenia. En uno de sus últimos escritos predecia á los judíos su próximo regreso á la Palestina. Desgraciadamente llegó á adquirir prosélitos; el espíritu de indagaciones y discusion se hizo de moda. Cada cual se creia autorizado para volver á examinar lo que anteriormente había considerado como indisputable, decidido á no aprobar sino lo que le pareciera estar de acuerdo con sus luces ó con sus preocupaciones.

Entre los disidentes fué donde sobre todo encontró mayor número de partidarios el sistema conocido con el nombre de *cristianismo racional*. Kippis, Pringle, Hopkins, Enfield y Toulmin eran los principales fautores de esta especie de deísmo. Wakefield escribia en el mismo sentido atacando tan pronto la necesidad del bautismo, como la divinidad de Jesucristo, como el culto público. Ashdowne sostuvo que la opinion que considera á Satan como un ángel caído, tentador de los hombres, no tiene ningun fundamento en la Escritura y que es una alteracion introducida por la filosofia oriental. Farmer quiso suponer que los demoniacos del Evangelio no eran más que unos locos ó enfermos. Taylor acusó de apostasia á las iglesias de Oriente y Occidente, y aunque anglicano, trató también de corrupciones á las verdades capitales y á las prácticas más constantes de la disciplina. Bel y Temple redu-

jeron la cena á una ceremonia puramente exterior. Chauncey, de Boston, combatió el pecado original. Lindsey, Disney y Toulmin (Joshua), propagaron con celo la doctrina anti-trinitaria. Kippis, mas literato que teólogo, pero unitario declarado, sembraba diestramente sus opiniones en la *Biografía británica*, en el *Nuevo registro anual*, en la *Revista del mes* (*Monthly review*) y en otros escritos literarios. Esta libertad de opiniones cundió hasta en la misma iglesia anglicana. El clero se dividió en *clero moral* y *clero evangélico*. Fellows, del primer partido, queria que se separara de la enseñanza todo lo concerniente á los misterios, y daba sin rodeos el nombre de ficcion absurda al pecado original. En su sistema no hay ningun disidente que no pueda firmar los treinta y nueve artículos, siendo cada cual dueño de interpretarlos á su modo. Newcome, arzobispo de Armagh, tan sabio por otra parte, y tan versado en la literatura bíblica, se mostró escesivamente crítico en sus indagaciones sobre la sagrada Escritura, en la que suponía haberse introducido graves y multiplicadas alteraciones, y fué refutado por el obispo Horsley. Wendeborn, en la *Vista de Inglaterra á fines del siglo XVIII*, hace observar que los más famosos anti-trinitarios habían estudiado casi todos en Cambridge. El ministro Stone aseguró, que si es disidente quien no admite este ó aquel artículo, no sabia donde se hallaria un verdadero miembro de la iglesia anglicana. Otro anglicano, Shepherd, fué de opinion que se pueden firmar los artículos sin aprobarlos todos. Pretyman, obispo de Lincoln, manifestó altamente su repugnancia á las cláusulas damnatorias del símbolo de San Atanasio. De este modo fué la ilimitada libertad de pensar estendiendo sus estragos por todas las sectas establecidas en Inglaterra.

Y en semejante estado de cosas ¿qué extraño es que en aquel país se hubiese acreditado tanto la incredulidad? ¿No era natural que las perso-



nas legas siguieran el ejemplo del clero? ¿Podían las ovejas tener fe cuando el pastor carecía de ella? Después de haberse precipitado de errores en errores, ¿no se debía llegar por una pendiente, demasiado comun por desgracia, al sistema que es el complemento de todos los errores? Así es que los principios socinianos no tardaron en perder el mérito de la novedad que les habia puesto en boga, y así la mayor parte de los ingleses que los adoptaron, figuraron después en el número de los incrédulos.

Dejóse sentir particularmente este funesto resultado á fines del siglo XVIII, viéndose sociedades organizadas espresamente para propagar la irreligion. En Londres y otras ciudades se establecieron clubs de lectura que tenían oradores encargados de poner al alcance de sus oyentes las opiniones anti-cristianas. Los lugares en que estos clubs se reunían en la capital, y lo que en ellos se hacia, se pusieron de manifiesto en un escrito que nadie ha contradicho (1). La Sociedad de correspondencia de Londres, cuyo primer objeto era propagar los principios revolucionarios, juzgó que uno de sus primeros deberes era popularizar la incredulidad y robustecer el deísmo y la democracia mutuamente. Para esto propagó la *Edad de la razon*, de Payne. Cierta librero hizo una edición económica de esta obra para mayor comodidad del pueblo: llamaronla irónicamente la *Nueva Santa Biblia*, y en un documento oficial (2) se dijo que los individuos de aquellas sociedades debían prestar juramento sobre ella. Después de publicada esta edición de la *Edad de la razon*, llegaron al extremo de considerar como una falta de urbanidad el tener en sus casas una Biblia. Solo la democracia pura y el deísmo podían satisfacer á unos

(1) Origen y disolución de las sociedades religiosas, en Londres, por Guillermo Hamilton Reid, 1800.

(2) Informe del comité secreto á la Cámara de los Pares, sobre las sociedades sediciosas.

espíritus tan enardecidos y tan enemigos de toda especie de yugo.

Se trató de dar una apariencia de culto á esta nueva religion, ó mejor dicho, á esta carencia de toda religion. David Williams, primeramente ministro disidente en Liverpool y luego autor de una *Liturgia fundada sobre los principios universales de Religion y de moral*, publicada en 1776, se puso de acuerdo con Franklin para la ejecucion de este plan, ó mejor dicho de este sueño. «He concebido, decia (1), el proyecto de obtener por medio de la filosofia la misma tolerancia que suele concederse á las extravagancias del entusiasmo: otros han pensado ó escrito con libertad; ninguno ha puesto al lado de la supersticion la moral por una enseñanza pública. Yo he querido emanciparla y salvarla del deshonor de ser presentada al pueblo empapada en el veneno del fanatismo.» El proyecto concebido por Williams de reunir los libres pensadores de todas las religiones metió mucho ruido, y le valió muchas suscripciones por medio de las cuales alquiló un salon para reuniones en *Margaret Street*, se intituló sacerdote de la naturaleza, y abrió su capilla en un país en que la opinion mas bien que la ley tolera y protege todos los cultos (4). Archenholtz asegura que el dia de la dedicatoria se desató contra todas las instituciones religiosas que tienen por base la revelacion. La concurrencia acreditó el establecimiento de David Williams; pero la disminucion progresiva del número de oyentes produjo la disolucion de la sociedad. No se dirá que la persecucion contribuyó á ello; pues gozando de la mayor libertad, desapareció aquel culto público á los cuatro años de existencia y la capilla pasó á poder de los metodistas. «No convenia, dice Ferry Saint-Constant, la sencillez de aquel culto

(1) Lecciones sobre la educación, t. 3, p. 289.

(2) Cuadro de Inglaterra y de Italia.

á la mayor parte de los hombres, cuyos sentidos é imaginacion necesitan ser afectados. y por otra parte estaba demas para los deístas, á quienes no es facil convencer de la necesidad del servicio divino para honrar al Ser supremo.» Williams indicó las causas que habian acarreado la estincion de la sociedad; como por ejemplo las deudas que esta contrajo, de que le querian hacer á él responsable, aunque él servía del todo gratuitamente; además de esto, ni su salud, añadia, ni sus ocupaciones le permitian presidir regularmente las asambleas (1). Pero el verdadero motivo es que la mayor parte de los sectarios de este culto fueron gradualmente pasando del deísmo al ateísmo, y llegados á este caso, dejaron una institucion que para ellos ya no tenía objeto. Las divagaciones de un ánimo entregado á sí mismo le conducen al abandono de todos los principios que consuelan á la humanidad y constituyen el apoyo de la moral. David Williams ofrece personalmente la prueba de esta verdad. Después de tantas perturbaciones y variaciones en su creencia, llegó á reducir su símbolo á estas palabras; *Creo en Dios. Así sea.*

Los deístas franceses tenían fija la vista en lo que pasaba en Londres, y aunque vieron que el resultado no era favorable, se lisonjearon de que á ellos no les sucedería así. Algunos escritores que gozaban de celebridad por sus talentos y por el abuso que habian hecho de ellos, ya no existían; pero sus libros circulaban, y algunos discípulos de la misma escuela tenían cuidado en propagar su doctrina; entre estos figuraban Dupuis, Le Fevre de Villebrune, y Delille de Salle, que enfáticamente se intitulaba partidario del culto de Sócrates y de Marco Aurelio. Chenier pretende no haber pintado á Fenelon mas que como deísta en el drama en que honra al arzobispo de Cambrai con un rasgo que pertenece á Flechier, obispo de Nimes. Chenier y

los demas escritores que acabamos de nombrar emplearon mas de una vez contra la Religion unos talentos que, empleados de otra manera, hubieran indudablemente brillado. Villetterque, autor de las *Veladas filosóficas*, y Vernes, autor del *Francinismo*, formaron tambien á su modo planes de religion. Seria verdaderamente curioso reunir en un cuadro los sistemas de aquellos escritores, de los que cada cual tenía la pretension de crear un mundo, redactar un Génesis, y organizar un culto.

Acumuláronse medios de persecucion contra el cristianismo: los templos habian sido ya mancillados, profanados y devastados; sus sacerdotes habian sido ultrajados, calumniados, encarcelados, espulsados, deportados ó degollados. Eran muy naturales estas calamidades en una época, en que los que se llamaban filósofos predicaban unos el ateísmo, otros (y algunas veces los mismos) el deísmo. Una multitud de folletos fueron redactados en este sentido; folletos cuya fastidiosa lectura nadie hubiera podido soportar, á no sentirse poseido por el frenesí anti-cristiano.

Fijase por lo regular en el año 5 el origen de la theophilantropía, aunque bajo otra denominacion habia sido anteriormente introducida. ¿No era esto por ventura una misma cosa que la fiesta de 20 de *prairial* en 1794, en la que Robespierre peroró, y tambien una misma cosa que todas las demas fiestas de este género celebradas en los departamentos?

A la institucion theophilantropica habia precedido una obra titulada: *Extracto de un manuscrito denominado CULTO DE LOS ADORADORES, que contiene fragmentos de sus diversos libros sobre la institucion del culto, observancias religiosas, la instruccion, los preceptos y la adoracion* (1). El autor anónimo

(2) Londres y los Ingleses, c. 29.

(1) Paris, año 4; en 8.º de 175 pag.; Gregoire, *Hist. de las sect. relig.* t. 1, p. 375 y 379.



de este libro era el diputado Aubermenil, cuyo carácter novelesco y entusiasta le hacia considerarse como discípulo de los antiguos magos. Cada padre de familias debía ser el jefe espiritual de su casa; sin embargo, las familias debían reunirse en comun para los ejercicios de su nuevo culto, en el que serían admitidas por iniciación, llevando cada adepto en sus vestidos una figura simbólica de su profesión de fe. Los actos habituales de la vida, así públicos como particulares, debían ir precedidos ó acompañados de algunas ceremonias religiosas. Enlazaba ciertos emblemas é ideas místicas con las épocas principales de la vida, por ejemplo el nacimiento, el matrimonio, etc.

Su libro, que es á un mismo tiempo *Eucologio* y *Ritual*, se compone de oraciones y malas poesías, al través de las cuales se encuentran algunas ideas morales.

Los depositarios del culto de los primeros hombres, dice, levantan hoy una punta del velo que le ha cubierto hasta el momento presente. Solo dos días al año eran los destinados para contraer matrimonio. Trabajábase ocho días consecutivos, y el nono se destinaba al reposo; y sin embargo, había un culto diario y abluciones antes de entrar en el templo, y en su recinto se conservaba el fuego perpétuo, para cuya conservación había personas destinadas, considerándose su extinción como una desgracia. Hé ahí, pues, los los Parsis ó Güebros resucitados, aunque su autor se guarda de nombrarlos.

Por medio de trajes particulares debían distinguirse los sexos, las edades y la condición sacerdotal; los pertenecientes á esta última clase ofrecían al Eterno espigas de arroz y de trigo, granadas, manzanas, higos, dátiles, sal y aceite, y volviéndose hacia los cuatro puntos cardinales, apostrofaban y hacían libaciones á los cuatro elementos, aire, tierra, fuego y agua. Bien se echa de ver por este artículo que el autor estaba poco enterado de los nuevos sistemas quimicos. En el interior del asilo,

que así llamaban al templo, estaban pintados los doce signos del zodiaco, con treinta mariposas por bajo de cada uno de ellos, para indicar lo deleznable de los momentos que Dios nos concede (1).

En ciertas épocas del año tenían lugar unas *danzas sagradas*, en las que los hombres de edad tomaban primeramente parte con las madres, y luego los jóvenes con las doncellas. «En tiempo de guerra, dice el Ritual, no ceñirás tus sienes con guirnaldas, porque la muerte tiene levantado el brazo sobre tus hijos y hermanos (2).»

En el ritual de los funerales se encuentra una oración por el difunto (lo cual supone que admitían la idea del Purgatorio.) «Hácese una libación con vino á los piadosos males de nuestro conciudadano, y el pariente de mas edad derrama agua sobre el fuego diciendo: «Efecto y causa del movimiento de la naturaleza, peligroso descompositor, elemento poderoso y vencido, servidor enemigo, pero necesario, sal, para instrucción de los hombres, de los cuerpos que con tu sustancia has penetrado (3).» Aubermenil aseguraba que en Gaillac existía una pequeña asociación que practicaba estas farsas teúrgicas. Había formado otra en París compuesta de siete ú ocho personas que celebró nueve ó diez sesiones en un local de la calle del *Bac*. Sobre un tripode en medio del aposento ardía un pebetero en el que cada concurrente arrojaba un grano de incienso al entrar, y esta ceremonia se repetía de tiempo en tiempo durante la sesión.

Aubermenil quería que sus sectarios se llamaran *Theoandropófilos*, y su Manual fué impreso desde luego en Vendimiario de 1797 con esa denominación, que posteriormente sin coparon para formar con ella la palabra *Theo-*

(1) Pág. 41.

(2) Pág. 97.

(3) Pág. 20.

*philántropos*, esto es, *amigos de Dios y de los hombres*. Muchos de sus miembros querían que no se adoptase ninguna denominación; pero por último se avinieron con el dictamen contrario, creyendo que si no la tomaban no tardaría la malignidad del público en darles una que no les haría mucho honor (1).

Al titularse *amigos de Dios y de los hombres*, sin duda tenían la pretensión de incluir en su culto todas las religiones que cuentan este doble amor en el número de sus deberes.

Todo esto que acabamos de decir no era aun mas que el germen de la *theophilantropía*; pero al llegar á esta época estaba ya próxima á desarrollarse: cinco padres de familia, Chemin, Mareau, Janes, Haüy y Mandar echaron sus cimientos (2). En el mes de vendimiario del año 5 adoptaron el *Manual* redactado por Chemin, y se celebró en París la primera reunión el 26 de nivoso del año 5 (esto es, 16 de diciembre de 1796), calle de San Dionisio, en la Institución de ciegos de ambos sexos, casa llamada de Santa Catalina, dirigida por Haüy, hermano del médico del mismo nombre. Anteriormente bajo la jurisdicción del arzobispo diocesano existía una capilla católica para estos mismos ciegos que el director introdujo luego en las reuniones *theophilántropicas* para que sirvieran de músicos. Cierta autor de un folleto contra esta sociedad pregunta si la ceguedad física de estos individuos no era emblema de su ceguedad moral.

Como las iglesias habían sido declaradas

(1) Alúdese á este trivial juego de palabras: *theophilántropos* (*filous en troupes*, rateros en cuadrilla.)

(2) Véase qué cosa es la *theophilantropía*? ó sea Memoria concerniente al origen é historia de esta institución, sus relaciones con el cristianismo y el examen de la influencia que podía tener en todos los cultos, en contestación á las cuestiones propuestas por la sociedad *Teyleriana* de Harlem, etc. París, en 12.º, 1801. Créese que el autor anónimo de este folleto es Chemin.

edificios nacionales, los *theophilántropos* quisieron participar del goce de ellas, esperando que haciéndose dueños de muchas iglesias, la secta adquiriría prestigio; y esto fué precisamente lo que mas le perjudicó, pues atenuó sus recursos diseminándolos (1).

Al proyecto de inculcar sus principios á la nueva generación, se asociaba el de hacerse dueños de la opinión pública, por medio de los periódicos que son sus trompetas, y la sociedad contaba con muchos de estos (2).

Entre los adeptos figuraban Rallier, Goupil de Prefeln, Creuzé-la-Touche, Julian de Toloza, Regnault, individuo del Consejo de ancianos, y hasta el mismo Bernardino de Saint-Pierre, que en Santo Tomás de Aquino consintió ser padrino *theophilántropico* de un recién nacido (3). Dupont de Nemours, aunque individuo del comité director, no quiso predicar nunca, porque él también imaginó y consigné en su *Filosofía del Universo* un sistema particular de teología, y no quería mas religión que la suya propia. Otros muchos, particularmente entre los ministros, eran sacerdotes apóstatas, casados la mayor parte. Bajo otra forma se reproducía el mismo espectáculo que había presentado la supuesta reforma del siglo XVI cuando se hacían ministros los frailes que habían colgado sus hábitos.

Los *theophilántropos* tenían un Consejo de dirección, cuyo objeto era formar un centro, y que confería la misión á los lectores y á los oradores. El plan de organización del culto *theophilántropico* en Saint-Gervais dice (art. 4) que los lectores ú oradores serán casados ó viudos, y que los discursos que se hayan de pronunciar tienen que pasar previamente por la censura. No pertenecían al Consejo de dirección los lectores ú oradores que no querían

(1) Gregoire, *Historia de las sect. relig.*, t. 1, p. 380 y 383.

(2) *Ibid.* p. 385.

(3) *Ibid.* p. 386-387.